

January 2010

## La universidad ¿ámbito para vivir en el espíritu? Una reflexión a partir de algunas tensiones propias de la universidad católica

José Luis Meza Rueda

*Universidad de La Salle, Bogotá, jlmeza@unisalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Meza Rueda, J. L. (2010). La universidad ¿ámbito para vivir en el espíritu? Una reflexión a partir de algunas tensiones propias de la universidad católica. *Revista de la Universidad de La Salle*, (52), 77-97.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# La universidad ¿ámbito para vivir en el espíritu?

Una reflexión a partir  
de algunas tensiones propias  
de la universidad católica

José Luis Meza Rueda\*

## ■ Resumen

La universidad católica del siglo XXI está dinamizada por diversas tendencias y exigencias que problematizan su identidad tanto en lo relativo a “universidad” como en lo relativo a “católica”. Este artículo se focaliza en dos tensiones: primera, la que resulta de una idea de universidad profesionalizante, economicista, historicista, adecuada a lo inmanente en tensión con otra que atiende a la humanización y trascendencia de la persona. Segunda, la que emerge de una idea de Universidad como lugar de la razón en tensión con otra como lugar de fe, que va de la mano con una idea de Universidad centrada en sí misma (“formando profesionales exitosos en un mundo que se cae a pedazos”) en tensión con otra que la entiende como una institución volcada a su propio contexto (“formando profesionales con compromiso social”). Tales tensiones

---

\* Doctor y magíster en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Magíster en Docencia de la Universidad de La Salle. Especialista en Educación Sexual de la FUM. Especialista en Desarrollo Humano y Social del Instituto Pío X de Madrid (España). Licenciado en Ciencias Religiosas de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: jlmeza@unisalle.edu.co

revelan algunos polos como ciencia y sabiduría, razón y fe, profesión y vocación, objetividad y subjetividad, naturaleza y espíritu. No obstante, la universidad considera la valía de cada uno de ellos porque la *universitas*, hoy como ayer, es un grupo apasionado por el saber que reconoce que la verdad se alcanza con todos los instrumentales de la razón sin olvidar lo *humanum*. Además, en cuanto católica, todos aquellos que forman parte de la universidad son comunidad de fe que hacen de la profesión su propio apostolado y una posibilidad real para comprometerse con los excluidos y empobrecidos de su tiempo.

**Palabras clave:** universidad católica, razón y fe, conocimiento y sabiduría, formación profesional, espiritualidad.

La Universidad católica, en cuanto *universidad* está abocada a responder a las exigencias de los tiempos actuales. Una de ellas es, sin duda, la formación de profesionales altamente competentes y conocedores de las disciplinas inherentes a su profesión. Otra, la de ser un lugar donde se produce y se transfiere el saber científico para enriquecer la sociedad del conocimiento. Pero, por otra parte, debido a su condición *católica* ha de contribuir a la evangelización de la cultura haciendo presente la propuesta de Jesucristo en medio de hombres y mujeres en búsqueda de sentido y con capacidad de trascendencia. Lo “católico” no es un accidente para este tipo de universidad, le es esencial e identitario. Por eso, lo uno y lo otro se constituyen en dos polos que dan lugar a diversas tensiones. En este artículo nos detendremos en dos de ellas:

Primera, una idea de Universidad profesionalizante, economicista, historicista, adecuada a lo inmanente en tensión con otra que atiende a la humanización de la persona y, por tanto, procura su trascendencia.

Segunda, una idea de Universidad como lugar de la razón en tensión con otra como lugar de fe, que va de la mano con una idea de Universidad centrada en sí misma (“formando profesionales exitosos en un mundo que se cae a pedazos”) en tensión con otra que la entiende si está volcada a su propio contexto (“formando profesionales con compromiso social”).

Tales tensiones, como otras, le imprimen dinamismo a la Universidad. Ésta sabe que no puede reducirse a alguno de los dos polos y, por lo tanto, debe estar atenta para ubicarse en aquel punto en donde puede ser y hacer aquello para lo cual está llamada. Sin embargo, no concluyamos antes de tiempo y veámoslas detenidamente.

**Una idea de Universidad profesionalizante, economicista, historicista, adecuada a lo inmanente en tensión con una otra que atiende a la humanización de la persona y, por tanto, la lleva a la trascendencia**

Sí, vanos por naturaleza son todos los hombres que han ignorado a Dios, los que, a partir de las cosas visibles, no fueron capaces de conocer a "Aquél que es", y al considerar sus obras, no reconocieron al Artífice. En cambio, tomaron por dioses rectores del universo al fuego, al viento, al aire sutil, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a los astros luminosos del cielo. Ahora bien, si fascinados por la hermosura de estas cosas, ellos las consideraron como dioses, piensen cuánto más excelente es el Señor de todas ellas, ya que el mismo Autor de la belleza es el que las creó. Y si quedaron impresionados por su poder y energía, comprendan, a partir de ellas, cuánto más poderoso es el que las formó. Porque, a partir de la grandeza y hermosura de las cosas, se llega, por analogía, a contemplar a su Autor, Sin embargo, estos hombres no merecen una grave reprensión, porque tal vez se extraviaban buscando a Dios y queriendo encontrarlo; como viven ocupándose de sus obras, las investigan y se dejan seducir por lo que ven: ¡tan bello es el espectáculo del mundo! Pero ni aún así son excusables: si han sido capaces de adquirir tanta ciencia para escrutar el curso del mundo entero, ¿cómo no encontraron más rápidamente al Señor de todo? (Sabiduría 13,1-9)

La Universidad de La Salle, en el documento 35 titulado "Plan institucional de desarrollo 2010-2015", presenta algunos datos que vale la pena recuperar para ilustrar esta tensión:

Nicolás Burnett (2008), de la Unesco, señaló en su conferencia *Higher Education to 2030* la necesidad de construir un sistema de educación superior "más incluyente, innovador y flexible que sirva tanto a las aspiraciones individuales como sociales". Para ello proponía seis dinámicas: demanda, diversificación,

cooperación en redes, tecnologías de nueva información, responsabilidad social y educación para toda la vida. Con respecto a esta última afirmaba: “Las actuales sociedades del conocimiento vienen demandando, cada vez más, oportunidades para que las personas puedan actualizar las competencias y adquirir otras nuevas. Los sistemas de educación superior tienen el reto de tornarse más flexibles en términos de ingreso y egreso, de reconocer competencias adquiridas a través de la experiencia laboral y de desarrollar programas adaptados a las necesidades económicas y sociales cambiantes” (Burnett, 2008).

En este mismo sentido, Richard Murnane (2009), de la Universidad de Harvard y experto en las relaciones entre educación y economía, mercados de trabajo y efectividad de la escuela, enfatiza que las habilidades y competencias que han de cultivarse en la escuela son aquellas que no han sido remplazadas por procesos automatizados, como el pensamiento experto y la comunicación compleja. Para lograrlo no se puede dejar de lado la lectura, la escritura, las matemáticas, el dominio de una segunda lengua y el conocimiento informático.

Además, la masificación estudiantil, la proliferación de instituciones y la renovación de saberes disciplinarios han promovido la búsqueda de mecanismos de aseguramiento de la calidad a escala mundial, como lo afirma Rama (2007). Podemos recordar que la discusión y regulación de estos procesos en América Latina despegó a mediados de la década de los noventa. Más aún, los criterios sobre la calidad de la educación superior evolucionaron en los últimos años, tornándose más complejas la evaluación y la acreditación. En años recientes se incorporó la variable “competitividad” donde, además de la pertinencia y la calidad, el tema de la eficiencia y la eficacia se hicieron importantes, basadas en el aprendizaje por competencias y su comparación con parámetros internacionales.

Además, la Unesco (2009), en la Declaración final de la *Conferencia Mundial sobre Educación Superior 2009*, y la Rand Corporation (2008), en su estudio *The Global Technology Revolution 2020*, refiriéndose a la responsabilidad social de la universidad y la complejidad de los futuros retos, menciona la importancia de que la universidad lidere los procesos de generación de nuevos conocimientos y respuestas a problemas globales como la seguridad alimentaria, el cambio climático, el uso y manejo del agua, el diálogo intercultural, energía renovables, la

contaminación, y la salud pública. Tales desarrollos no dependerán de una sino de varias tecnologías, razón por la cual la actual revolución tecnológica global ya está integrando progresos en biotecnología, nanotecnología, tecnología de materiales, y tecnología de la información y la comunicación.

Estos y otros estudios señalan que la tendencia actual se orienta al desarrollo de políticas y acciones que promuevan sistemas de innovación, mediante el impulso de alianzas dinámicas y flexibles para la creación de nuevos productos intelectuales, tecnologías y empleos, así como la investigación inter y transdisciplinaria para la solución de problemas prioritarios, incentivada por recursos estatales o del sector privado. Una de las principales alianzas que se busca consolidar actualmente es aquella entre universidad, empresa y Estado, la cual resulta fundamental para la educación de la siguiente generación de investigadores, la producción intelectual y la traducción de resultados científicos en conocimiento y aplicaciones utilizables.

Estos mismos estudios señalan que la mayoría de las Instituciones de Educación Superior (IES) se han convertido, sin notarlo, en instituciones que sólo certifican y proveen una documentación necesaria para que las personas puedan presentar su candidatura a un cargo; se han marginado progresivamente de los procesos de desarrollo y el resto del mundo ha adquirido una fuerte ventaja sobre ellas que cada día se hace más evidente. Las IES de los países en desarrollo han empezado a cambiar sus esquemas de servicio, modificar la pedagogía, cambiar la ubicación o promover la ampliación de sus instalaciones y adoptar planes de desarrollo que les permita consolidar su calidad académica. Este es su desafío pero también es su trampa si no está alerta a la “apuesta” que le subyace.

Lo anterior muestra una lógica en la cual se están moviendo —o mejor, “deben moverse” las instituciones de educación superior—, lógica que podríamos llamar: profesionalizante, técnico-instrumental, “científica” con el riesgo, incluso, de llegar a ser inmanentista, materialista, pragmática, historicista, o economicista.

No obstante, De Roux (2001) nos dice que hoy vuelve a escucharse con fuerza la vieja pregunta formulada por el Cardenal Newman (1907) en su escrito *The idea of a University*: la institución educativa que se autoidentifica como

*universitas* en el orden del saber, y pretende ser la forjadora de agentes de historia, capacitados y responsables ¿puede contentarse con habilitar operadores científico-técnicos de la materia?, ¿se forma profesionales habilidosos a la confrontación de problemas vitales de tanta raigambre humana, como son los que se ventilan en el campus del saber universitario, sin un empeño concomitante por el desarrollo auténtico del sujeto existencial y social? Tanto peor si se hace con prescindencia de toda dimensión moral y religiosa, de espaldas a la vocación de trascendencia última del hombre en sociedad. Esto se complementa con la voz de la *Fides et Ratio* cuando afirma que “algunos científicos, carentes de toda referencia ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de su vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden, no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo” (Juan Pablo II, 1998). Un devenir del saber en estos términos está orientado como razón instrumental al servicio de fines utilitaristas, de placer o de poder, el cual genera frutos que se vuelven contra el mismo hombre.

Ahora bien, si es cierto que “la universidad educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad, y la asimile” (Newman, en Borrero, 2001: 61), tal tipo de razonamiento no se logra excluyendo el espíritu o, si se quiere, lo *humanum*. Así, privilegiar unas determinadas opciones epistemológicas excluyendo otras, provoca un empobrecimiento de la universidad y de aquellos que a esta concurren. El mismo Cardenal Newman (en Borrero, 2001: 63) lo dice con estas palabras: “todas las ramas del conocimiento y sus diferentes ciencias se interconectan en unidad porque son actos del Creador. De donde se deriva que las ciencias en las que el conocimiento se reparte, tienen entre sí múltiples relaciones y simpatías, y admiten y aun demandan comparaciones y ajustes. Las ciencias se complementan, se corrigen, se equilibran mutuamente”.

Esto nos sugiere la interdisciplinariedad, pero no sólo. Lo que está en cuestión es la sabiduría misma. Eliot (en Borrero, 2008: 68) ya se preguntaba: “¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido con la ciencia; dónde la ciencia perdida

entre la información". Es aquí donde puede estar lo propio de una universidad católica de la cual ha dicho Juan Pablo II (1998) en *Excordae ecclesiae*:

Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la verdad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal, la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios. Por lo cual, ella, sin temor alguno, antes bien con entusiasmo, trabaja en todos los campos del saber, consciente de ser precedida por Aquél que es "Camino, Verdad y Vida" (Jn 14,6), el Logos, cuyo Espíritu de inteligencia y de amor da a la persona humana la capacidad de encontrar con su inteligencia la realidad última que es su principio y su fin, y es el único capaz de dar en plenitud aquella Sabiduría, sin la cual el futuro del mundo estaría en peligro.

En el mismo documento, Juan Pablo II (1998: 18) nos sugiere que dicha sabiduría nos lleva a dar prioridad a lo ético sobre lo técnico, a la persona humana sobre las cosas, al espíritu sobre la materia. Solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre.

Además, la universidad debe encarnarse en su contexto. Por tanto, la universidad católica, como cualquier otra universidad, está inmersa en la sociedad humana y es instrumento eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad. Sus actividades de investigación incluyen el estudio de graves problemas contemporáneos, tales como la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. Si bien es cierto, son los mismos problemas que ya

mencionábamos, no se queda en su inmediatez y lo meramente immanente. La universidad estudia “en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad” (Juan Pablo II, 1998: 32).

La universidad católica –nos dice la FIUC (2004: 29) es un lugar en donde se da una verdadera humanización de la enseñanza superior y una apertura a la dimensión espiritual de la verdad. Se hace así mediadora del saber y crítica de la sociedad que busca la verdad y la sirve sin dejar por ello de permanecer al servicio de la comunidad universitaria, la sociedad y la Iglesia. Al aspirar a la integración del saber, la universidad católica desempeña un papel único e irremplazable, precisamente porque asigna un lugar y da un sentido a las distintas disciplinas en el contexto de la persona humana y del mundo a la luz del evangelio. Por otro lado, cree firmemente en la compatibilidad y armonía entre fe y razón, y tiene en cuenta las implicaciones éticas y religiosas de sus métodos y descubrimientos; reconoce también la importancia de las ciencias humanas en su búsqueda de una síntesis del saber y en el diálogo fe-razón.

Todo esto nos revela un *telos*, un fin que conlleva una exigencia para quienes participamos de esta. Tendremos que reconocer que los grandes desafíos que impelen la universidad católica y sin los cuales no sería posible la construcción de la “Ciudad de Dios” –que, entre otras cosas, sólo es posible desde “la ciudad de los hombres”– tienen una dimensión espiritual. A manera de ejemplo, pensemos en el desarrollo: “El auténtico desarrollo debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre [...] Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera” [...] La verdad de su desarrollo consiste en su totalidad: si no es de todo el hombre y de todos los hombres, no es el verdadero desarrollo” (Benedicto XVI, 2009: 18).

Si pensamos en la sostenibilidad del desarrollo, la Iglesia nos recuerda que no sólo tenemos una responsabilidad con respecto a la creación. El hombre “no sólo debe

defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. Debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario una especie de ecología del hombre bien entendida [...] Cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia” (Benedicto XVI, 2009: 51). Esta idea tiene un alto grado de correspondencia con la *ecosofía* de R. Panikkar (1994: 202), sin embargo, a nuestro modo de ver, ésta la perfecciona porque la *ecosofía* indica la experiencia mística de la materia en general y de la Tierra en particular. “La *ecosofía* es aquella sabiduría que nos hace sentir que la Tierra es también un *sujeto*, y más aún, una dimensión constitutiva y definitiva de la realidad. La *ecosofía* va mucho más allá de la visión de la Tierra como un ser vivo; nos revela la materia como un factor de lo real tan esencial como la conciencia o lo que solemos llamar divino”. Más aún, la *ecosofía* reintegra las dimensiones de lo divino, lo humano y lo cósmico dentro de una *sabiduría del vivir humano* (Pannikar, 1994: 5), por consiguiente, conlleva un *cambio de actitud* (Pannikar, 1994: 114) por parte del ser humano, un *nuevo nivel de conciencia* (Pannikar, 1994: 107) del cual depende la supervivencia de la humanidad y, por supuesto, de la tierra. En otras palabras, como bien lo dice *Caritas in veritate*, “el desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan en su conciencia la llamada al bien común. En síntesis, en la Universidad es importante tanto la preparación profesional como la coherencia moral” (Benedicto XVI, 2009: 71); aprender la ciencia pero también la sabiduría, ya que en ésta “hay un espíritu inteligente, santo, único, [...] sin mancha, diáfano, [...] amante del bien, [...] bienhechor, amigo de los hombres... Ella es exhalación del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Todopoderoso” (Sabiduría 7, 22-30).

**Una idea de Universidad como lugar de la razón en tensión con otra como lugar de fe, que va de la mano con una idea de Universidad centrada en sí misma (“formando profesionales exitosos en un mundo que se cae a pedazos”) en tensión con otra que la entiende si está volcada a su propio contexto (“formando profesionales con compromiso social”)**

Su tarea privilegiada [la de la universidad católica] es la de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer la fuente de la verdad (Juan Pablo II, 1998: 1).

La moción del hombre por conocer la verdad surge desde sus entrañas y se dirige hacia un objeto que al mismo tiempo está en el origen de ese conocimiento: Dios y él mismo. El deseo del hombre por conocer la verdad puede ser considerado divino, como bien lo señala la encíclica *Fides et Ratio*. No es, pues, una actividad meramente intelectual sino que implica en el hombre sus sentimientos, afectos y actitudes consecuentes con ellos. En efecto, en el origen del camino emprendido por el hombre a impulso del deseo divino en su interior, está, no un razonamiento, sino una experiencia: el asombro y la sorpresa por hallarse en medio de una creación en donde se encuentra con otros con quienes comparte un destino (cfr. FR 4).

El conocimiento de la verdad, si considera su amplitud y su profundidad, lleva consigo el despliegue de diversas formas de espiritualidad reflexiva que van más allá del “*veritas est adaequatio rei et intellectus*” (la verdad es la coincidencia del objeto y la razón), del “*verum est id quod est*” (la verdad es aquello que es), o del “*veritas est qua ostenditur id quod est*” (la verdad es aquello con lo que se muestra lo que es). La verdad no se limita a un cerciorarse empírico, conceptual o teórico del mundo. “El acontecimiento de la verdad se abre a todas las formas del espíritu que contempla al mundo gracias al elemento trascendental” (Martínez, 1999: 156).

Ahora bien, llegar a la verdad y reconocer su fuente requiere tanto de la razón como de la fe. Estos dos tipos de conocimiento están profundamente vinculados. El mundo se debe ver con los medios de la propia razón sin que la fe sea extraña a ese proceso, pues ésta muestra que Dios actúa visiblemente en él. Más aún, esta confesión de fe hace *conocer a fondo el mundo* (FR, 16) y es garantía de un conocimiento completo (FR 18) y verdadero, pues implica la apertura al misterio que le viene al hombre de la revelación, que permite a la razón entrar en el ámbito de lo infinito (FR 21). Pero también es cierto que para un conocimiento más profundo del misterio del hombre, la investigación científica tiene un valor positivo (FR 61). En otras palabras, como bien lo dice Arango (1999: 138), el objeto último del conocimiento es la verdad, lo que da sentido a la existencia. Ese proceso de conocimiento tiene como objeto material las cosas creadas, el mundo y el hombre, lo cual es también objeto de la revelación divina (FR 66).

Insistimos, la razón y la fe no son incompatibles. San Anselmo nos lo dice a su manera: “El intelecto debe ir en búsqueda de lo que ama: cuanto más ama, más desea conocer”. El hombre que razona y que cree es el mismo, el que piensa y el que ama es uno solo. No vale la pena hacer una escisión entre lo uno y lo otro, y menos, en la universidad católica porque ésta es un *lugar de salvación*, es el espacio en donde el hombre aprende a creer y aprende a conocer, además de que aprende lo que es propio del creer y del conocer. Más aún, dice Santo Tomás: “La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella”. Aquellos que se inclinan por lo uno o por lo otro caen en un fideísmo o en un racionalismo, y cualquier reduccionismo lleva también a una reducción del mismo hombre (Meza, 1999: 167) aunque sea cierto que en algún momento de nuestra vida demos cabida al *intellego ut credam* y en otro al *credo ut intelegam* buscando, de todas formas, el *Gaudium de Veritate* de San Agustín de Hipona.

Lo anterior lleva consigo una pregunta: ¿es la universidad católica un lugar posible para vivir en el espíritu? Arriesguemos una respuesta.

[1] Si la *universitas* designa a ese “grupo apasionado por el saber” (Borrero, 2008: 39), entonces la vinculación entre razón y fe hace de la labor académica una forma de vivir en el espíritu o, si se quiere, nuestro apostolado. Ya hace algunos años el P. Arrupe (2007: 54) exhortaba a los miembros de la Compañía de Jesús con estas palabras que bien podemos hacer propias:

Quienes se dedican al apostolado intelectual deben precaverse contra la tentación de creer que servirán a Dios de modo más adecuado en otras ocupaciones aparentemente más pastorales. Por eso no deben permitir que tras unos años de trabajo científico, otros ministerios más atrayentes desde algunos puntos de vista vayan absorbiéndolos con merma de su dedicación intelectual. Y por otra parte, por fidelidad a este mismo compromiso, deben mantener viva con no menor claridad en su mente y en su corazón, la motivación expresamente evangélica y apostólica, por la que optaron por este tipo de trabajo intelectual.

Y ahora preguntémosnos: ¿es posible que, arrastrados por la corriente de la vida y abandonado el frecuente repaso de la historia de la propia vocación, nuestra

existencia se haya ido reduciendo a un profesionalismo de la investigación o a cualquiera otra tarea intelectual que ya no tenga que ver nada con el servicio del evangelio y que, para nosotros mismos y para los demás, se haya vaciado de su contenido apostólico?

La pasión por el saber nos debe llevar a vivir, igualmente, con pasión nuestra vida académica de tal forma que lo que hacemos a diario (la clase, la consejería, el encuentro con nuestros colegas, la investigación, la lectura y la escritura científica, etc.) encierre una experiencia verdaderamente espiritual. Cualquier asomo de desmotivación, rutina, funcionalismo o conformismo, pueden ser señales inequívocas de que tal experiencia no se está viviendo. Sin embargo, otro extremo también enrarecería tal condición: el de creer que nuestra vida intelectual nos hace superiores. El mismo Arrupe (2007: 53) lo dice con estas palabras:

Es necesario que cese en nosotros la arrogancia, el desprecio por los no-intelectuales, y cierta insensibilidad que como consecuencia de la objetividad puede afectar a veces a los intelectuales. Es ilusorio aspirar a abolir toda diferencia entre las profesiones humanas: la intelectual y manual, por ejemplo. Pero es justo exigir que desaparezca el orgullo o el desprecio que van asociados a esas diferencias y que se supriman los privilegios que fundan. ¿No ha recibido de la sociedad cuanto tiene cada uno de nosotros? ¿Y no caemos frecuentemente en esa presunción de superioridad? ¿No nos aprovechamos llegado el caso, de lo que prácticamente es un privilegio cuando lo que de nosotros se esperaba era un ejemplo de lo contrario?.

Esto último nos recuerda que sobre cada uno de nosotros pesa una “hipoteca” tanto social como eclesial. Hemos recibido tanto que no nos podemos negar a dar todo lo que esté a nuestro alcance yendo más allá de nuestras obligaciones laborales. De hecho, otra cualidad del apostolado intelectual hoy es una gran sensibilidad hacia los hombres de cualquier clase, incluso las más marginadas.

[2] Si el apostolado intelectual tiene una sensibilidad por los hombres y mujeres más desfavorecidos, entonces, nuestra espiritualidad se vive en una opción real por los excluidos y los empobrecidos de nuestro tiempo.

A mediados de diciembre de 2009 el informativo Zenit anunciaba la siguiente noticia: “Con motivo de la Fiesta de la Sagrada Familia, el domingo, 27 de diciembre, Benedicto XVI irá, a la una del mediodía, al comedor social que la Comunidad de San Egidio tiene en la Via Dandolo de Roma, para la comida con los pobres”. Esta noticia puede generar algo de desconcierto si caemos en la cuenta que lo constitutivo de una opción de fe no debería ser novedad y, mucho menos, tener un matiz de algo “espectacular”. Al contrario, cosas como éstas deberían ser algo ordinario, de la vida misma.

Si vemos nuestra Universidad, podría ocurrir que nos llenemos de un gran entusiasmo ante el proyecto “Utopía” en El Yopal (Casanare) –de hecho, debemos estarlo– o por los tantos otros proyectos que tienen algunas facultades con sus estudiantes en sectores deprimidos de nuestra ciudad. Frente a esto, si tenemos una mirada “funcional”, podemos concluir que se trata de algo extraordinario porque se hace más de lo que nos corresponde. Sin embargo, cuando recordamos que somos una universidad católica reconocemos que esto es constitutivo de su identidad. Igualmente, que aquellos que están vinculados a estos proyectos, hacen de ellos una oportunidad para vivir la espiritualidad cristiana y ejercer su ministerio eclesial. Ojalá en los próximos años faltaran dedos de nuestras manos para contar otros tantos proyectos al estilo de “Utopía” en los cuales deberían estar comprometidas innumerables personas de la comunidad universitaria.

Si somos fieles al espíritu lasallista, seremos conscientes de la naturaleza que la opción por los empobrecidos como el alma de nuestra misión: “Impresionado por la situación de abandono de los hijos de los artesanos y de los pobres, Juan Bautista de La Salle, descubrió, a la luz de la fe, la misión de su Instituto como respuesta concreta a su contemplación del designio salvador de Dios” (Regla de los Hermanos, 11). Por la misma razón, el Capítulo 44º de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ha renovado esta opción bajo el carácter de desafío para la misión educativa lasallista de los próximos años: “Históricamente, la Misión Lasaliana se dirigía con prioridad a los económicamente pobres. Progresivamente, el desarrollo económico, nos ha dirigido más bien, a las clases medias. Estamos, pues invitados a intensificar nuestros esfuerzos con vistas a desarrollar propuestas que favorezcan la educación en la justicia y

a reforzar acciones para el servicio directo de los pobres”. Como lo ha dicho el Capítulo, necesitamos realizar una conversión a los pobres no tanto para ser leales a una institución como para ser coherentes con el Evangelio de Jesús.

Si bien es cierto, nuestra Universidad atiende a la clase popular también es cierto que un buen sector de su población se ubica en la clase media. Con los jóvenes de la una y de la otra, la Universidad debe abordar con agudeza el materialismo, el hedonismo y el consumismo que las caracteriza para que no promuevan de ningún modo la injusticia que vivimos. Por una parte, debe contribuir positivamente con su visión crítica y específica de la realidad y mediante su labor de estudio y de investigación, a dar una respuesta —en la fe— a los graves problemas que oprimen y desgarran a la humanidad; debe colaborar así a la construcción de una sociedad basada en la solidaridad y en el bien común de todos y gobernada por otros valores que no son la simple ganancia o una eficiencia y placer siempre mayores. Por otra parte, la Universidad debe contribuir a la formación de los que mañana serán los artífices y por lo menos colaborarán en la construcción de ese mundo nuevo: hombre y mujeres de fe profunda, capaces de discernir las invitaciones equívocas de nuestro tiempo, “personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas” (EC, 31). Arrupe (2007: 62) sintetiza todas estas ideas en el bello axioma: “Formar hombres y mujeres para los demás”:

Este ideal “personas para los demás” es aceptado y entendido por todos, pues el cristiano lo interpreta iluminado por su fe al comprender el sentido de la caridad que su modelo, Jesucristo, nos enseñó cuando dio su vida por los demás, por todos los hombres, incluso por sus enemigos [...] Pero aun el que no es cristiano, e incluso el que no tiene ninguna fe, ni admite valores trascendentes, reconoce que esa expresión tiene el significado del más alto “filantropismo” y lo acepta como una ideal noble de vida, atrayente, actualísimo en este mundo del más refinado y frío egoísmo; y el mejor remedio contra el “homo homini lupus”.

Este cometido es algo propio de la Universidad como lugar de salvación, ya hemos dicho. Si cada uno de los miembros de nuestra comunidad educativa fuese “un ser para los demás” se estaría salvando de su propia finitud, se estaría liberando del individualismo que lo lleva a creerse bueno y exitoso en un

mundo que se desmorona. Por consiguiente, la misión de promover la justicia no sólo no es ajena al quehacer universitario, sino que debería encontrar en nuestra universidad uno de los medios más eficaces para llevarla a cabo.

[3] Si la Universidad es Católica –*kata kolon*, entre todos— y, por tanto, inspirada en el evangelio, sólo puede ser signo al constituirse en una comunidad [de fe] al estilo de pentecostés.

*Universitas* (Borrero, 2001: 35) es un término latino derivado de *unus*, la unidad, y de *verto* que conlleva el sentido de volver. Conjugados estos elementos semánticos, *universitas* significa la unidad de cosas diversas o unidad en la diversidad, y también la unidad de personas congregadas, con diversos matices, como *corpus*, *collegium*, *communio*, *societas* o *consortium*, sin que en ninguno de estos casos la unidad signifique uniformidad. La diversidad es su mayor riqueza. No persigue una lengua común, ni legitima una sola racionalidad; tampoco se queda con una sola manera de comprender la realidad defendiendo “una” verdad como “la” verdad. Al contrario, en la *Universitas* todos sus miembros, hablando su propia lengua, se comunican entre sí para lograr un proyecto común.

La Universidad Católica persigue también sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo [...] Como resultado de este planteamiento, la comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas. Cada miembro de la comunidad, a su vez, coadyuva para promover la unidad y contribuye, según su propia responsabilidad y capacidad, en las decisiones que tocan a la comunidad misma (Juan Pablo II, 1998: 21).

Entonces, la catolicidad de la universidad no debería entenderse como ese algo que busca una identidad uniforme o monista pero tampoco una reunión fragmentada de saberes. Si la catolicidad tiene una plataforma comunitaria, entonces, la catolicidad debería entenderse como una interdependencia permeada por el Espíritu. De esta forma, por ejemplo, la interdisciplinariedad no sólo daría respuesta a la complejidad de los problemas con altos niveles de eficiencia y

eficacia, sino que también podría ser una experiencia para crecer en el espíritu porque, igualmente, “nos hace salir de sí”:

Dada la diversificación de especializaciones intelectuales, la extensión geográfica de la misma Iglesia, la amplitud de contactos con grupos y culturas tan diversas, tenemos posibilidades excepcionales para actividades interdisciplinarias. Y por lo mismo nuestra responsabilidad es mayor y estamos tanto más obligados a colaborar como cuerpo a la solución “de los grandes problemas con que se enfrentan hoy la humanidad y la misma Iglesia”: problemas que casi siempre son multidisciplinarios. ¡Y cuántas veces intentamos resolverlos de manera claramente autosuficiente, porque los atacamos sólo desde el ángulo de nuestra propia e individual especialidad!

De esta forma estaríamos dando una respuesta a aquella concepción individualista de la espiritualidad que nos ha acompañado hasta nuestros días y, a lo mejor, es la de algunos de nosotros. Recordemos que dentro de esta perspectiva el camino espiritual ha sido presentado como un cultivo de valores individuales en función de la perfección personal. La relación con Dios parece opacar la presencia de los demás y hunde a cada cristiano en su propia interioridad (en una manera de entenderla, más bien). La vida espiritual es llamada *vida interior*, lo que muchos interpretan como algo que se vive exclusivamente dentro de cada uno. Lo importante, entonces, en esta versión es el despliegue de las virtudes en tanto que potencialidades individuales con poca o nula relación con el mundo exterior.

Gutiérrez (1984: 26) advierte que esta óptica puede derivar en una peligrosa privatización de la espiritualidad: “Las notas comunitarias, inherentes a toda vida cristiana, se convierten en formalidades; no logran quebrar la espina dorsal de esta perspectiva que hace del camino hacia Dios una aventura únicamente individual. No es extraño por eso que en ese contexto la caridad aparezca simplemente como una más de las virtudes cristianas por cultivar”. A este modo de entender el seguimiento de Jesús se le suele calificar de “espiritualista”. Ello se debe a que manifiesta poco interés por las tareas temporales, y revela una gran insensibilidad a la presencia y necesidades de personas reales y concretas que rodean al cristiano seguidor de esa espiritualidad. Así las cosas, una espiritualidad comunitaria nos lleva a ver que es con el otro (estudiantes, colegas,

co-investigadores, directivos...) con quienes vivimos nuestra fe y alcanzamos la plenitud de nuestra salvación.

[4] Si la universidad es signo del evangelio es porque quienes forman parte de esta son testimonio de lo que creen, aman y viven.

La universidad católica podrá impartir una formación humana integral y transmitir una concepción cristiana de la vida, si los valores que tal formación y concepción comportan, se reflejan de alguna manera en nuestra existencia individual y comunitaria, en lo que somos y hacemos. En la *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI insiste una y otra vez sobre la importancia primordial del testimonio para realizar la misión apostólica que se nos ha confiado; esto es verdad hoy más que nunca, ya que “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan [...] o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (EN, 41). Su sucesor, en la *Excordae ecclesiae*, lo dice con estas palabras: “Los docentes cristianos están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana” (Juan Pablo II, 1998: 22).

Esto nos recuerda a todos la necesidad de un contacto vital y siempre renovado con Cristo y de una referencia constante a su palabra, fuentes de donde nos llegan la inspiración y fuerza necesarias para la realización de nuestra misión en el campo universitario.

## **A manera de conclusión**

La universidad cumple diferentes tareas en el contexto actual y la universidad católica las comparte en gran medida. La visión humanista de la universidad católica consiste en la búsqueda de una verdad que dé sentido a la identidad de cada institución y fundamente prácticas coherentes. Esto guarda relación con ciertos principios esenciales para la construcción de una comunidad, una verdadera participación en esa comunidad, un sentido de pertenencia y la promoción de la justicia para todos en un mundo con culturas, valores y compromisos

distintos. La herencia y riqueza de los valores cristianos (familia, dignidad de la persona, justicia, solidaridad, caridad, esperanza, respeto a la vida humana en todas sus facetas, respeto a la diferencia y la diversidad) constituyen recursos únicos y ofrecen importantes respuestas a los diversos desafíos del mundo de hoy. Un aspecto esencial para el desarrollo de tales principios es el reconocimiento de un dinamismo espiritual en la universidad que se traduzca, entre otras cosas, en una actitud por parte de sus miembros, en tiempos y espacios de reflexión, de servicio y de profundización de las relaciones dentro y fuera del ámbito universitario, bajo la inspiración y la luz del mensaje cristiano del evangelio.

Sin embargo, como la afirma la FIUC (2004: 32), una universidad católica no se caracteriza por el hecho de enseñar tal o cual doctrina religiosa además de otras disciplinas, sino por el modo global en que concibe su misión de integración. Comprender mejor esa misión supone desarrollar una filosofía interdisciplinaria e intercultural que ayude a desempeñar la tarea, nunca acabada, de resolver las tensiones existentes entre las dimensiones secular y religiosa de la vida, insistiendo siempre en el bien de la persona humana y en una mirada integradora de la realidad.

Un factor crucial de la comprensión de ese papel particular de la universidad católica es la visión subyacente que anima su vida intelectual y compromete a profesores e investigadores en un proyecto compartido con entusiasmo. La espiritualidad católica, mucho más que una filosofía general de la educación, da a la enseñanza superior católica su genio y originalidad. Esta visión es universal: abarca en una misma mirada, la totalidad de la naturaleza, el orden de la historia humana y el movimiento de la trascendencia que nos orienta hacia Dios. Es una visión nacida del encuentro original del hombre, el mundo y Dios. En otras palabras, la universidad es un lugar privilegiado en donde puede ocurrir una espiritualidad cosmoteándrica bajo el sentido dado por Panikkar (1998: 92):

La elaboración positiva de una visión cosmoteándrica de la realidad es una tarea que nuestra época necesita realizar. No es suficiente admitir una apertura a Dios o una relación extrínseca del Hombre o el Cosmos a la Divinidad. Se trata de descubrir las líneas directrices y los vectores de la totalidad de la realidad dada. Decir que el hombre empírico es "contingente" o insuficiente, y contentarse con la afirmación

complementaria y no cualificada de que Dios es “necesario” y suficiente, no basta. Hacerlo así significaría interpretar erróneamente al hombre y postular un *deus ex machina* artificial. No se trata de un hombre imperfecto por un lado y de un Dios perfecto por el otro, sino más bien de una realidad cosmoteándrica existente en todo tiempo y en toda situación. Un Dios “puramente trascendente” es una abstracción del mismo género que un hombre “puramente independiente” o un mundo que se sostiene a sí mismo. No hay tres realidades: Dios, el Hombre y el Mundo; pero tampoco hay una: o Dios, u Hombre o Mundo. La realidad es cosmoteándrica. Es nuestra forma de mirar lo que hace que la realidad nos aparezca a veces bajo un aspecto y a veces bajo otro.

Esta espiritualidad sanaría una de las heridas abiertas del hombre moderno: el abismo entre lo material y lo espiritual y, con esto, entre lo secular y lo sagrado, lo interior y lo exterior, lo temporal y lo eterno (Pannikar, 1999: 180). No es cuestión de difuminar las diferencias, sino de darse cuenta de las interrelaciones y hacerse consciente de la interdependencia. El hombre no tiene una doble ciudadanía, por decirlo así, una aquí abajo y otra arriba, una a la cual atender ahora y para después. Él o ella es, aquí y ahora, habitante de una realidad auténtica que tiene muchas mansiones y presenta muchas dimensiones, pero que no parte la vida humana en secciones, sean en el tiempo o en el espacio, para el individuo o la sociedad. El servicio a la Tierra es un servicio divino, así como el amor de Dios es amor humano.

Finalmente, todo esto tiene un matiz utópico. Pues bien, si hay algo propio de los aquellos que estamos en el mundo de la educación, es ser hombres y mujeres de la utopía. No de aquella que no tiene lugar (*óúk-topos*) sino de aquella en donde el ser humano alcanza la vida y la felicidad (*eu-topos*), de la *utopía de la vida*, como la llamó nuestro querido Gabo (García, 1983: 28): “Frente a la presión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida [...] Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor, y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”. Creemos en una utopía que nos hace avanzar como bien nos lo recuerda el H. Carlos Gómez al citar a Eduardo Galeano:

La utopía está en el horizonte.  
Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.  
Camino diez pasos y el horizonte  
se desplaza diez pasos más allá.  
Por mucho que camino, nunca la alcanzaré.  
¿Para qué sirve la utopía?  
Para eso: sirve para caminar.

## Bibliografía

- Arango, J. S.J. "Dos órdenes de conocimiento y un único camino". En *Revista Theologica Xaveriana* 130. (1999): 135-143.
- Arrupe, P. S.J. "El apostolado intelectual en la Misión de la Iglesia". En *Orientaciones universitarias* 40. (2007): 45-56.
- Arrupe, P. S.J. "Palabras del Superior General de la Compañía de Jesús a los Decanos y profesores de la Universidad Javeriana". En *Orientaciones universitarias* 40. (2007): 59-70.
- Benedicto XVI . Encíclica *Caritas in veritate*. [en línea] [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20090629\\_caritas-in-veritate\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html). 2009.
- Borrero, A. S.J. "John Henry Newman, el educador de la inteligencia". En *Orientaciones universitarias* 31. (2001): 55-71.
- Borrero, A. S.J. *La Universidad. Estudio sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias*. Bogotá: Compañía de Jesús – Pontificia Universidad Javeriana, 2008.
- Burnett, N. *Higher Education to 2030*. Conferencia inaugural. OECD, 2008.
- CIC – FIUC. *Globalización y enseñanza superior católica*. Bogotá: Bonaventuriana, 2004.
- De Roux, R. S.J. "Teología y Universidad". En *Orientaciones universitarias* 31. (2001): 19-25.
- García, G. *La soledad de América Latina*. Discurso al recibir el premio Nobel de literatura, 1983.
- Gutiérrez, G. *Beber en su propio pozo*. Salamanca: Sígueme, 1984.
- Juan Pablo II. Constitución apostólica *Ex corde ecclesiae*. *Las universidades católicas*. Bogotá: Paulinas, 1990.
- Juan Pablo II. Encíclica *Fides et Ratio*. [en línea] [http://www.vatican.va/edocs/ESL0036/\\_INDEX.HTM](http://www.vatican.va/edocs/ESL0036/_INDEX.HTM). 1998.

- Martínez, V. S.J. "La verdad entre la fe y la razón". Revista *Theologica Xaveriana* 130 (1999): 155-159.
- Meza, J. "Apuntes para una teología de la educación a partir de la encíclica *Fides et Ratio*". En Revista *Theologica Xaveriana* 130. (1999): 161-167.
- Murnane, R. *Mejorando el capital humano y apoyando la ciencia, la tecnología y la innovación para promover el crecimiento económico, la competitividad y la productividad*. Conferencia. MEN, Colciencias, 2009.
- Panikkar, R. *De la mística. Experiencia plena de vida*. Barcelona: Herder, 2005.
- Panikkar, R. *Ecosofía. Para una espiritualidad de la tierra*. Madrid: San Pablo, 1994.
- Panikkar, R. *El espíritu de la política. Homo politicus*. Barcelona: Península, 1999.
- Panikkar, R. *La intuición cosmoteándrica. Las tres dimensiones de la realidad*. Madrid: Trotta, 1999.
- Panikkar, R. *La Trinidad. Una experiencia humana primordial*. Madrid: Siruela, 1998.
- Rama C. *Los posgrados en América Latina y el Caribe en la sociedad del conocimiento*. México: Colección Idea Latinoamericana, 2007.
- Rand Corporation. *The Global Technology Revolution 2020, In-Depth Analyses (2008)*. Santa Mónica, California. [en línea] [www.rand.org/pubs/technical\\_reports/2006/RAND\\_TR303.pdf](http://www.rand.org/pubs/technical_reports/2006/RAND_TR303.pdf)
- Unesco. "2009 World Conference on Higher Education: The New Dynamics of Higher Education and Research for Societal Change and Development". Draft final. París, 2009.
- Universidad de La Salle. *Plan institucional de desarrollo 2010-2015*. Bogotá: Ediciones Unisalle, 2009.